

III

Cuestiones palpitantes

No es la cuestión de las relaciones históricas entre el genio y la colectividad, que en el capítulo anterior hemos estudiado, la única cuestión palpitante en la ciencia histórica moderna. Más bien pudiera decirse que, no obstante su abundantísima literatura, enriquecida, de tiempo en tiempo, con nuevos estudios, la atención de la mayoría de los historiadores, como si estuviese fatigada del asunto, comienza á apartarse de él, ó, por lo menos, á relegarlo á segundo término, atraída por otros que, de momento, preocupan más hondamente.

Lo mismo ocurre con muchos de los que, hace pocos años, podían tomarse como la genuina expresión de los puntos litigiosos y de los temas característicos de la doctrina moderna: el concepto de la historia como historia de la civilización; la lucha entre las teorías de la raza y el medio, y

otras cuestiones más ó menos relacionadas con éstas (1). En su lugar, discútese hoy, principalmente, el valor de la teoría evolucionista aplicada á la historia humana; el concepto del *materalismo histórico*, y las condiciones científicas del conocimiento de esta clase.

I

LO INCONSCIENTE EN LA HISTORIA

La primera cuestión ó sea, la del valor de la teoría evolucionista, responde, de un lado, á la reacción general que se ha producido contra la filosofía de la evolución, y que lleva á los críticos á depurar los extremos todos de esa doctrina; de otro lado, al interés especialísimo que tiene, para la construcción de una filosofía de la historia, ó, en otro sentido, de una explicación *sociológica* de la vida de los pueblos, el determinar qué elemento juega principalmente en la producción de los hechos humanos: si el instintivo (inconsciente) ó el consciente (reflexivo). En cierta manera, como ya veremos, supone esta averiguación un planteamiento nuevo del problema del genio y la masa, con caracteres de mayor amplitud y comprensión.

(1) Véanse, respecto de ellas, los caps. III y IV de *La enseñanza de la Historia* y las *Adiciones* ya citadas.

Richard (1), establece con claridad perfecta los términos de la cuestión. Se trata, dice, de saber si «debemos considerar la formación de la conciencia clara que se manifiesta en el hombre, como un fenómeno insignificante en el devenir del mundo ó como una disolución accidental y mórbida de la conciencia instintiva»; ó, en otros términos, ¿cuál es el valor relativo de la actividad inconsciente ó subconsciente del espíritu y de la conciencia reflexiva, en el proceso histórico de la vida humana?

Las dos conclusiones extremas correspondientes á esta pregunta, son: «la negación del instinto á beneficio de la reflexión, con el peligro de verse contradicha por los datos más ciertos de la observación, ó la absorción de la reflexión en el instinto y lo inconsciente» (2). De aquí las dos teorías opuestas, que cabe formular de este modo:

«1.^a La civilización se corresponde con la actividad de las sociedades y da la medida de ella, resultando de su adaptación (la de las sociedades) á condiciones de vida cada vez más elevadas y más complejas. Ahora bien, el desarrollo de la civilización supone, de parte de los hombres, un progreso del pensamiento abstracto y de la actividad reflexiva. En la humanidad, la adaptación á las condiciones de la existencia social se cum-

(1) *L' idée d' évolution*. 2.^a parte, págs. 139-140 y 311.

(2) *Idem*, 311.

ple, pues, por la preponderancia creciente de la reflexión sobre el instinto (Bagehot).

»2.^a Pero también puede sostenerse que la sociedad humana no es más que una expansión de la sociedad animal y obedece á las mismas leyes que ésta (Espinas). Ahora bien, la sociedad animal está compuesta de seres en los que la inteligencia no es más que un modificador del instinto (Romanes). En su origen, se compone exclusivamente de seres instintivos y es el agente de la perpetuidad de la especie. ¿Sucedre lo mismo en la humanidad? La forma inferior de la sociedad es la muchedumbre, de la que emerge la sociedad definida por un lento progreso debido á la división del trabajo; á pesar de lo cual, las sociedades más civilizadas no acaban nunca de distinguirse totalmente de las muchedumbres, cuya vida es inconsciente, á lo menos, en gran parte, por que obedecen á las tendencias hereditarias acumuladas en la raza. Mediante la muchedumbre, pues, el instinto obtendría la preponderancia sobre la reflexión (Le Bon)» (1).

(1) Richard, *loc. cit.*, pág. 141.—Conviene tener en cuenta que el concepto de lo consciente é inconsciente, no es enteramente igual en todos los psicólogos y filósofos. Así, para Wundt, como para Krause y otros, decir espíritu y decir consciente es todo uno. «Un espíritu inconsciente, tomando esta palabra en su riguroso sentido, es un concepto contradictorio.» Sin embargo, la conciencia es compatible, según Wundt, con una inconsciencia relativa, á saber: «la cualidad de aquellos fenómenos psi-

Y determinando todavía más la posición de esta segunda hipótesis, añade Richard:

«Para el mecanismo evolucionista, en efecto, la conciencia no es más que un epifenómeno. La acción de la conciencia sobre la vida resulta incomprensible. A medida que las formas de la vida se complican, la inercia de la conciencia debe hacerse más manifiesta. La actividad individual puede parecer, á un observador prevenido, como influida por sentimientos, ideas y juicios; pero si se considera al individuo colocado en su medio social, la acción de los factores inconscientes sobre el hombre se convierte en indudable.—Así es como el sistema evolucionista representa lógicamente una teoría de lo inconsciente en la historia de las sociedades humanas. La tesis de una actividad moral inconsciente debería ser su conclusión inevitable» (1).

Para completar y explicar con toda amplitud esta sumaria exposición, acudamos á un evolucionista, el Dr. L. M. Hartmann, *privat docent* de la Universidad de Viena y co director (con Bauer y von Below) de la *Vierteljahrsschrift für Social und Wirtschaftsgeschichte*. En una

quicos (y, por tanto, conscientes) que no logran ó que pierden su enlace con la continuidad de nuestros estados íntimos en el tiempo, condición para su percepción por nosotros.—V. Giner, *La clasificación de las ciencias según Wundt* (Bol. de la Inst. libre, febrero, 1894).

(1) Loc. cit. 141-2.

memoria presentada al Congreso internacional de ciencias históricas celebrado en Roma (Abril, 1903) (1), y publicada en la revista de Ferri, *Socialismo* (2), el citado profesor resume su doctrina que, como se verá, concuerda con la hipótesis que Richard señala con el núm. 2º.

Comienza definiendo el concepto biológico de la historia, conforme al cual, el objeto de ella sería «observar en la sucesión del tiempo los fenómenos de adaptación que se cumplen en la especie *hombre*, exponerlos en su conexión interna, y explicar el desarrollo de la humanidad merced á la adaptación ó á la selección natural de la lucha por la existencia,» y hace notar enseguida que, no obstante lo que en ella ha penetrado el criterio de las ciencias naturales, todavía reina en la historia humana «el fetiquismo que considera la *voluntad consciente* como el último impulsor de los hechos, habiéndonos acostumbrado á considerar nuestra propia voluntad como el supremo agente de nuestros actos.»

Toda la argumentación de Hartmann se dirige á probar la inconsistencia de esa ilusión. Apoyándose en ideas de Mach y de Bücher, afirma que la mayor parte de los descubrimientos primitivos de la humanidad (el idioma, la escritura, la

(1) V. sobre este Congreso, los capítulos V á VIII.

(2) *L'evoluzione storica*. (*Socialismo*, Abril, Mayo, 1903). En tirada aparte, un folleto de 19 páginas.

moneda), no pueden ser el resultado de una *reflexión premeditada y metódica*, sino del acaso, y que la satisfacción de las necesidades económicas en los pueblos primitivos no responde á reflexión alguna sino que recuerda «el obrar instintivo de los animales». Por esto, el progreso se realiza en esos pueblos «sin propósito ni meta, casi inconscientemente y sin que sufra la influencia de los deseos humanos».—Lo mismo se observa, concretamente, en punto á las variadas formas de matrimonio y de familia que existen en la humanidad; siendo claro que «el desarrollo de una de esas formas determinadas en un pueblo dado, no puede atribuirse á una *intención premeditada* ó á un plan preestablecido, sino á causas que no dependen de la influencia de ninguna idea en punto á la forma mejor de organización social». En fin, Hartmann resume estas observaciones y expresa de nuevo su doctrina con las siguientes decisivas palabras: «El desarrollo de los hechos históricos exteriores se explica, pues, como fenómeno de adaptación, sin consideración á la voluntad consciente». Es verdad—añade—que existe «un paralelismo entre los hechos exteriores del desarrollo económico, político, etc., (y de las instituciones jurídicas), de una parte, y las ideas, de otra. Pero, ni éstas pueden considerarse como causas de aquellos, *ni viceversa*, porque unos y otras no son más que *aspectos diversos del mis-*

mo desarrollo, según que los mismos fenómenos se miren desde el punto de vista de sus relaciones con el mundo exterior ó con el mundo psíquico»; por donde, si «indagamos la dependencia en que un hombre ó un grupo de hombres se hallan respecto de otros hombres ó de los hechos de la naturaleza exterior, hacemos historia política, económica, etc., y si indagamos *como los sucesos políticos, económicos, etc. se reflejan en la conciencia de los hombres*, hacemos historia de las ideas».

Más adelante parece, sin embargo, que Hartmann reconoce cierta dirección consciente de la historia, al decir que la tendencia de ésta se dirige, «á través de la *lucha de clases*, hacia la abolición de las clases; y á través de la *lucha de los Estados*, á la abolición de los contrastes que entre ellos existen»; pero inmediatamente se previene contra una interpretación de estas frases contraria á su doctrina, rectificando la idea vulgar de *progreso* que de ellas pudiera desprenderse. Así, comentando la afirmación de Lawrow (que «en la aproximación de los hechos históricos al bien real ó ideal reconocido por nosotros, hállase el único significado de la historia, es decir, la ley del progreso») dice que ese bien, como resultado de una consideración ideal, es una cosa puramente subjetiva, pues el *progreso* sólo puede indicar «una progresión que se va alejando de

estados anteriores. Si se cree poder sostener con fundamento, que esta progresión se verifica en un sentido continuado, con una determinada dirección, ó al menos, de modo que en ella persista una dirección determinada, en tal caso, no cabe entender con la palabra progreso otra cosa que la evolución».

Volvamos ahora á la crítica de Richard, que nos sirve para exponer la manera cómo se plantea actualmente la cuestión que nos ocupa.

La relación general entre el desarrollo histórico y las actividades inconsciente y consciente, se concreta, desde el punto de vista de la sociología—y por tanto, de una condición fundamental de los grupos humanos—en el problema de las relaciones entre la sociedad (la organización social) y la conciencia ó sea, en un problema de psicología social.

«Los historiadores del Derecho, como los de la Religión—dice Richard—han comprobado que los lazos sociales varían según la actividad del espíritu humano.» Caben respecto de este hecho dos interpretaciones opuestas:

a) La activa mental disuelve ciertos lazos sociales y crea otros; en la acción recíproca de ambos factores, el estado mental es la causa y la sociedad, el efecto.

b) La actividad mental conscia halla en la vida social, su condición permanente y las variaciones

del pensamiento humano no son más que reflejos de la formación, consolidación ó disolución de los lazos sociales. (Doctrina de muchos evolucionistas ingleses y franceses).

De esta interpretación nace la siguiente pregunta: esos lazos sociales ¿se forman únicamente «bajo la influencia de factores que salen de la conciencia?» La contestación afirmativa tiene á su favor una gran parte de los sociólogos alemanes, cuyas ideas representa la reciente obra de Vierkandt, *Pueblos naturales y pueblos civilizados* (2). Las conclusiones de Vierkandt y su escuela, las resume Richard así: «La actividad racional es, sin duda, el resorte de la civilización. Por este hecho, la civilización es opuesta al instinto. Ahora bien, el instinto es quien une á los hombres; la reflexión los divide, debilitando los motivos comunes de acción. La civilización es un fenómeno excepcional en la vida de las razas humanas. El hombre es un animal social, pero no un animal civilizado.»

Richard tiene buen cuidado de advertir que estas últimas consecuencias de la doctrina son rechazadas por los evolucionistas; pero, en rigor, se hallan en el fondo mismo de sus ideas, puesto

(2) *Naturvölker und Culturvölker, Ein Beitrag zur Socialpsychologie*. Leipzig, 1896. Véase un extracto de esta obra en *Année sociologique*, 1897, págs. 288 y siguientes.

que si la conciencia reflexiva es un disolvente de los lazos sociales, estos habrán de ser atribuidos á una actividad inconsciente, es decir, á la actividad instintiva.

La posición de Richard con relación á estos problemas, aunque opuesta en el fondo al evolucionismo, es armónica en punto á la consideración de los factores que producen la actividad histórica. «Es imposible—dice—que el sociólogo ponga en duda la existencia de grandes instintos colectivos; pero tampoco puede negar, ni la relación de la cultura con la complejidad de los lazos sociales, ni la relación en que se hallan la atención reflexiva y la actividad racional con la cultura» (1). El tránsito de las manifestaciones instintivas á las inteligentes, se observa bien en las sociedades animales.—Pero no basta comprobar la coexistencia, en las sociedades humanas, del instinto y de la razón, para explicarse la relación en que se hallan. Es preciso recurrir, para determinarla, á la comparación histórica (2). «El despertar de las necesidades sociales superiores, de las necesidades cuya irritación determina el progreso, es la obra de la actividad mental reflexiva». De aquí el valor fundamental que en la

(1) Loc. cit. pág. 312.

(2) Nótese la relación íntima de esta doctrina con la que exponemos al determinar el método para el estudio de las relaciones entre el genio y la masa; págs. 80 81.

historia tienen las revoluciones, producto de «los caracteres y los espíritus descontentos del mundo en que viven», descontento que no sería jamás fecundo «sin la elaboración y elucidación de las ideas que dirigen la actividad voluntaria». En ellas, precisamente, se marca la diferencia entre la evolución social consciente y la casi inconsciente de los organismos; y esa conciencia, lejos de disolver el orden y la vida, los perfecciona y completa: «el arte recoge con un poder superior las obras del instinto y las conduce á fines voluntariamente fijados, entrevistados claramente.»

*
* *

Tales son los términos de la cuestión y la trascendencia de sus conclusiones en uno ú otro sentido. No hemos querido más que mostrar cuál es su carácter y cuáles los modos que de entenderla tienen los autores modernos, sin pretender discutirla, ni menos solucionarla por nuestra parte. Basta lo dicho para que el lector se forme idea de la importancia que tiene esa cuestión palpitante de la ciencia histórica, que en sus orígenes toca á los más elevados problemas de la filosofía y en sus consecuencias prácticas alcanza á las

orientaciones más concretas de la política y del Derecho (1).

II

EL «MATERIALISMO HISTÓRICO»

La segunda de las cuestiones palpitantes es la del *materialismo histórico*. Lo sustancial de esta doctrina, en relación con la historia del Derecho, lo he expuesto ya en un libro reciente (2), con indicación de algunas de sus fuentes últimas. Precisaré ahora sus términos generales en punto a la totalidad de la historia humana (3).

El arranque de esta doctrina hállase, como es sabido, en un párrafo del prólogo que puso Marx

(1) La relación que estas teorías de la eficacia de lo consciente y de lo inconsciente tienen con el problema del derecho consuetudinario y la legislación, saltan á la vista desde luego. De ella he de tratar muy especialmente en la segunda serie (que preparo) de las *Cuestiones preliminares* de Historia del Derecho español. Sobre el problema general (no sólo en la historia) del *Valor de la conciencia y la intervención reflexiva*, véase un sugestivo art. del Sr. Dorado en *La España moderna*, oct. 1903.

(2) *Historia del Derecho español. Cuestiones preliminares*, cap. I, núm. 4, y Apéndice 1.

(3) *Bibliografía*.—Estimo innecesario repetir nombres de autores y títulos de libros extranjeros, cuando sobre un asunto existen exposiciones bien orientadas en castellano. Las tenemos, por fortuna, en punto al *materialismo histórico*. V. Posada, *El materialismo histórico* (en el libro *Socialismo y reforma social*, Madrid, 1904) y Albornóz, *El materialismo histórico* (en el libro, *No líras, lanzas*, pág. 151). Citaré tan solo los libros y artículos que en estos dos trabajos no se indican.

á su *Critica de la Economía Política* (1). Dice así este párrafo.

«En la producción social de su vida, los hombres contraen ciertas relaciones *independientes de su voluntad*, necesarias, *relaciones de producción* que se refieren á un cierto grado de desenvolvimiento de las fuerzas productivas, materiales. La totalidad de esas relaciones forma la *estructura económica* de la sociedad, la base real sobre que se eleva una *super estructura* jurídica y política, y á la cual corresponden formas sociales y determinadas de conciencia. *El modo de producción de la vida material, determina, de una manera general, el proceso de la vida entera*. Llegadas á cierto grado de su desenvolvimiento, las fuerzas productivas sociales se hallan en contradicción con las relaciones de producción existentes. Entonces, de formas de producción que eran antes, esas fuerzas productivas se convierten en obstáculos para la producción misma. La necesaria modificación de la base económica, consecuencia del conflicto entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, determina, más ó menos rápidamente, el cambio de la enorme super estructura.»

(1) Marx es, en efecto, el punto de arranque de esta doctrina tal como ahora se discute; pero sus ideas son, por otra parte, resultado ó, si se quiere, punto culminante, de una serie de precedentes que se extienden por toda la historia filosófica europea, desde la época griega.

Envuelven estas palabras toda una filosofía de la historia, según la que, el «hecho social elemental, irreductible y sobre el que descansa, como sobre su esencial cimiento, el hecho humano»; el «fenómeno inicial y causal, condición permanente de la evolución de las sociedades», es el hecho y fenómeno económico (1). Se trata, pues, de una explicación simplicista de la historia (un sólo elemento, *causa* de todos los demás), análoga á tantas otras que han querido deducir *todo* el movimiento histórico de la religión, ó de cualquier otro orden de la actividad humana, considerado como el impulsor y productor de los restantes. En este sentido, la doctrina marxista corresponde todavía al cielo de las filosofías de la historia, que ya de un modo absoluto y para todo el proceso de la vida social humana, desde que ésta existe, ya en la consideración de una serie de grados, dentro de cada uno de los cuales persiste una causa única, aunque distinta (edades históricas de Krause, de Comte, etc.), pretende mostrar la existencia de una ley, de un plan, que razona la producción y orientación de los hechos. Opónese, por tanto, no sólo á las tendencias modernas de abandonar esas filosofías como inasequibles dentro del campo propiamente histórico, y aún como perturbadores de la investigación cien-

(1) Las palabras entre comillas pertenecen al estudio citado de Posada.

tífica de la historia (1), sino también á las concepciones orgánicas del complejo de la vida social, que comienzan á abrirse paso y con las cuales no se ve cómo pueden compaginarse, en el estado actual de la sociología y de las teorías históricas, las explicaciones simplicistas (2). Colocándose en este punto de vista, un escritor italiano Benedetto Croce (que acepta, no obstante, la doctrina de Marx), se opone á estimarla como una filosofía de la historia y la reduce á «una suma de datos nuevos, de nuevas experiencias, que penetra en la conciencia del historiador»; mostrándose sumamente excéptico en cuanto á la pretensión de traducir en «fraseología económica, las

(1) V. el artículo de Langlois citado en la página.

(2) V. la exposición de la doctrina orgánica general en el cap. III de *La Enseñanza de la Historia* y una aplicación concreta de ella á la historia del Derecho en el capítulo II de las *Cuestiones preliminares* ya citadas. Consulte también la 2.^a edición del *Lehrbuch der historischen Methode*, de Bernheim (Leipzig, 1894), pág. 538 á 542. Es interesante notar que un socialista, Rappoport, autor del libro *Zur Charakteristik der Methode und Hauptrichtungen der Philosophie der Geschichte* (1896), se muestra contrario á las explicaciones simplicistas de la historia, diciendo, en su artículo sobre *Les théories des facteurs dominants dans l'histoire* (*Revue socialiste*, Nov. 1900): «Ni uno sólo de los filósofos que tratan de explicar, en último análisis, la historia mediante un sólo principio, ha probado la reductibilidad de los demás factores al por él preferido.... Hemos visto que todos los errores particulares de cada concepción (la naturalista, la antropológica, la económica-social) resultan necesariamente de esta tendencia unitaria.»

antiguas historias generales que en estos últimos tiempos han sido tan frecuentemente traducidas en fraseología darviniana» (1).

Pero la cuestión se plantea actualmente, sobre todo, en otro sentido, á saber: en el de la interpretación del significado y alcance que tiene la idea expuesta por Marx en la *Crítica de la Economía política* y, en relación con esto, en el de la determinación (fuera ó dentro del marxismo) de la influencia real que el elemento económico ejerce en la historia humana.

La primera parte de la cuestión comprende todavía dos asuntos: 1.º qué parte de la actividad económica es la que Marx considera como la cau-

(1) Croce resume así su juicio en un artículo reciente (*Etudes relatives á la théorie de l'histoire en Italie, Revue de Synthèse historique*, Diciembre 1902): «el materialismo histórico es, sin duda, desde el punto de vista práctico, un movimiento historiográfico notable, puesto que tiende á renovar y á corregir, quizá con algo de exageración, el exceso filológico é ideológico que predominaba en la historia de los eruditos, de los cultos y de los universitarios; mas no tiene ni puede tener importancia alguna filosófica, dado que se reduce, cuando más, á un canon, que invita á los historiadores á que no pierdan de vista lo que llama el substratum económico y la lucha de clases. Un filósofo materialista de la historia, no haría más que renovar, agravándolos, todos los errores de la vieja filosofía idealista y sus planes preconcebidos». — V. sus memorias, *Sulla concezione materialistica della storia* (Nápoles, 1896), *Le teorie storiche del Prof. Loria* (Nápoles, 1897) y otras, reunidas más tarde en el libro *Materialismo storico et economismo marxista* (París, 1901).

sa de la historia; 2.º hasta qué punto Marx y los marxistas ortodoxos han mantenido el rigor de la doctrina tal como aparece en el párrafo citado.

El primer asunto no nos interesa aquí de lleno. Se discute respecto de él, si Marx ha querido referirse tan sólo á la *técnica* de la producción ó las condiciones todas de ésta y de su proceso hasta que el producto llega al consumidor (1).

El segundo asunto es más importante, porque supone la rectificación del primitivo modo absoluto de formular la doctrina. En efecto, ampliando la investigación á otros escritos de Marx, se ve que, en ellos, el factor económico no parece conservar el puesto de único propulsor que en la *Crítica de la Economía* le asigna; y si de Marx se pasa á su más puro y fiel continuador, Engels, todavía es más explícita la atenuación del rigor primitivo, puesto que llega á considerar los elementos jurídicos, políticos, filosóficos y religiosos como factores, también, de la evolución social, con acción que, á veces, es preponderante, y reconoce que todos ellos «reobran sobre sí y sobre la base económica». Análogas reservas se notan en un historiador propiamente dicho, Lamprecht, cuyas declaraciones últimas están muy lejos de rechazar el valor causal que

(1) V. la exposición de Posada, VI y la Memoria de Overberg que luego se cita, páginas 168-172.

tienen en la vida humana los factores distintos del económico (1).

Verdad es que existen autores en quienes se continúa y afirma el sentido absoluto de la primera doctrina marxista, ya en general, (Loria), ya con relación á determinados órdenes de la vida, v. g., el jurídico (Hildebrand); mas, por lo común,

(1) V. apéndice I de mis *Cuestiones preliminares de Historia del Derecho*, págs. 183-184. Sobre las atenuaciones de Marx y Engels, véase la memoria de Cyr. van Overbergh, *Le matérialisme historique de Karl Marx*, en los *Annales de Sociologie*, publicados por la «Société belge de Sociologie». (Primer año, 1900-1901. Bruselas, 1903, págs. 64-78). Overbergh cree que ha habido error en la interpretación que se ha hecho de las palabras de Marx, suponiendo que significaban que «el factor económico ejerce la acción exclusiva en la historia.» Por el contrario, para él la fórmula exacta del pensamiento marxista (Marx, Engels) es que «la manera de producción de la vida material, determina en general los procesos social, político é intelectual de la vida». —Reconoce, sin embargo, que Marx y Engels atribuyeron en un principio menor influencia de la que luego admitieron, á los factores ideológicos sobre las condiciones de producción, aunque, por otra parte, «la causa real, final, de la evolución, cambio y desarrollo de la ideología de una sociedad, reside en la evolución del factor económico.» V. también las págs. 172-176 de la Memoria que citamos. Son sumamente importantes las declaraciones que acerca de la verdadera doctrina marxista hace E. Vandervelde, en su discurso sobre *L'idealisme marxiste* (*Revue socialiste*, Febrero 1904), así como sus ideas particulares acerca del valor efectivo del elemento económico en su relación con los demás. Vandervelde se coloca en una posición muy armónica, altamente significativa por la representación política que el autor tiene. Su concepto de la teoría de Marx como un método ó modo de explicar las manifestaciones superficiales de la vida económica (pág. 172) es muy análogo al de Croce.

la tendencia de los sociólogos, economistas é historiadores modernos, es aquella más templada que no niega la influencia de otros factores distintos del económico, aunque varía mucho, como es natural, la relación con que respecto de estos los colocan, ya mirando á la totalidad de la historia humana, ya á ciertos periodos de ella (supremacía de lo económico en los primeros grados de la civilización ó en estados históricos como la Edad Media europea, etc.).

Aparte de esta discusión capital, aunque íntimamente ligadas á ella, quedan otras de indudable importancia; la relativa á la determinación del concepto de lo económico y de las necesidades materiales (1), y la que se refiere al nombre mismo de la doctrina, especialmente al término *materialismo*, contra el cual protestan muchos autores queriendo sustituirlo por el de «interpretación económica de la historia,» aunque, en rigor, como ha demostrado, á mi juicio Overbergh, esta sustitución no quepa tratándose la doctrina propiamente marxista, penetrada por el materialismo filosófico (2).

(1) V. Posada, estud. cit., y *El factor económico* (en el libro del mismo autor, *Socialismo y reformasocial*, págs. 58-69).

(2) Loc. cit. págs. 163-5, 178-9. Vandervelde protesta también del apelativo «materialista». Lo mismo podría ser «idealista», dice (pág. 170 del Discurso citado).

Si resumimos ahora, en vista de los datos expuestos, el estado de la cuestión, quedará esta expresada en las siguientes conclusiones:

1.^a Independientemente de su conexión con doctrinas anteriores á Marx, el «materialismo histórico» tal como hoy se discute, es propiamente de origen marxista. Sobre la base de las ideas de éste y de Engels, se ha producido, no obstante, toda una corriente de pensadores, muchos de los cuales difieren en no pocas cosas de los iniciadores. Cuando se trata, pues, de determinar los caracteres de la explicación ó causación económica de la historia humana, hay que distinguir, para no caer en confusiones, estos tres elementos: a) teoría de Marx y Engels; b) interpretaciones de ella que envuelven ideas propias del intérprete (1); c) teorías extra-marxistas, rectificadoras en más ó en menos, ó totalmente contrarias, á la idea de Marx (De Greef, Loria, Rogers, Lacombe, Lippert, Croce, etc.)

2.^a La discusión actual, en lo que interesa á la doctrina histórica, se refiere concretamente la determinación de si el factor económico ejerce una acción *exclusiva* ó no en la historia humana, cosa que la mayoría de los autores, según hemos visto, contesta negativamente; de no ser *exclusiva*, si es, no obstante, la principal, causa de to-

(1) V. por ejemplo lo que acerca de la interpretación de Kellès-Krauz dice Overbergh, págs. 176-77.

das las otras, incluso de las que luego reobran sobre el orden económico, ó si, apreciando desde un punto de vista más orgánico la complejidad de la vida social, es imposible afirmar que uno cualquiera de sus factores sea siempre el preponderante ó el causante, variando la relación entre ellos según un conjunto de circunstancias distinto en cada momento ó en cada esfera, y que no puede determinarse *a priori* (1). Según esta última posición, el factor económico sería uno de tantos en la historia humana, más ó menos fuerte y decisivo según los tiempos ó el orden de vida de que se trate. El propio Engels admite la existencia de un largo período primitivo en que la base de la constitución social no era la forma de producción, sino la organización de la familia. El cambio se produjo cuando, al disolverse el comunismo primitivo, la sociedad se convirtió de *consanguínea* en *económica*. Por su parte, Loria afirma que «el hecho económico es anterior *cronológicamente* á todos los demás fenómenos sociales».

Por de pronto, el efecto positivo de estas discusiones en la investigación histórica, ha sido

(1) Vandervelde distingue con toda precisión entre la *influencia* del elemento económico y su estimación como *causa* de las ideologías. Afirma rotundamente la independencia de muchas concepciones ideológicas respecto de «los modos de producción de la vida material». Discurso cit. págs. 171 á 176 y respecto de la religión, página 172 especialmente.

llamar la atención de los investigadores hacia el factor económico como elemento, por lo menos, de gran importancia, y producir una literatura numerosísima dedicada á su estudio (1). La solución definitiva de la cuestión y, por el momento, las distintas posiciones que respecto de ella adoptan los historiadores y los sociólogos, han de influir considerablemente, no solo en las construcciones ideales de la filosofía de la historia, sino también en la manera de concebir y de narrar la historia de la civilización. Un ejemplo bien claro de esta influencia lo dan las obras de Lamprecht, tantas veces citadas (2).

(1) V. el cap. XI de este libro.

(2) A los trabajos citados añádanse estos: Labriola, *Essai sur la conception materialiste de l'histoire*, París, 1902; R. Dalla Volta, *Sobre la interpretación económica de la historia* (á propósito de algunas publicaciones recientes), en *Archiv. stor. italiano*, 1902, disp. 4 y en *Revue d'Economie politique*, Febrero, 1904; G. W. Kernkamp, *Concepción materialista de la historia* y C. Barbagallo, *Storiografia, sociologia e materialismo storico*, 1901. En el reciente libro de J. Sorel, *Saggi di critica del marxismo* (1903), hay un estudio sobre la interpretación económica de la historia y otro (inédito) muy interesante, sobre la influencia de la raza y el medio físico en las diferencias sociales y en la productividad. Véase también el proemio de Pareto á su *Biblioteca di storia economica* (sentido armónico) y la introducción de Ciccotti, *L'evoluzione della storiografia e la storia economica del mondo antico*, en la misma *Biblioteca* (sentido radical),

III

LA CIENCIA DE LA HISTORIA

Siempre ha habido excépticos en punto á la historia humana. Por lo general, este excepticismo reposaba en la negación, ó por lo menos, en la duda, de que el conocimiento histórico pudiese ser verdadero y cierto. La fórmula vulgar de esta duda es: «Si tratándose de hechos recientes difieren tanto los testimonios y las maneras de relatarlos, ¿qué no pasará en punto á los remotos? ó, como decía el predicador del cuento: «Hace tantos siglos que pasaron esas cosas, que quién sabe si serán verdad».

Contra este excepticismo vienen trabajando, desde fines del siglo XVIII, dos corrientes poderosísimas: la del perfeccionamiento de la técnica y de la crítica históricas, que da cada día mayor confianza en los resultados de la investigación, y la de los grandes sistemas filosóficos, que fundan la historia en bases metafísicas y produjeron la brillante literatura de lo que se llamó «Filosofía de la Historia».